

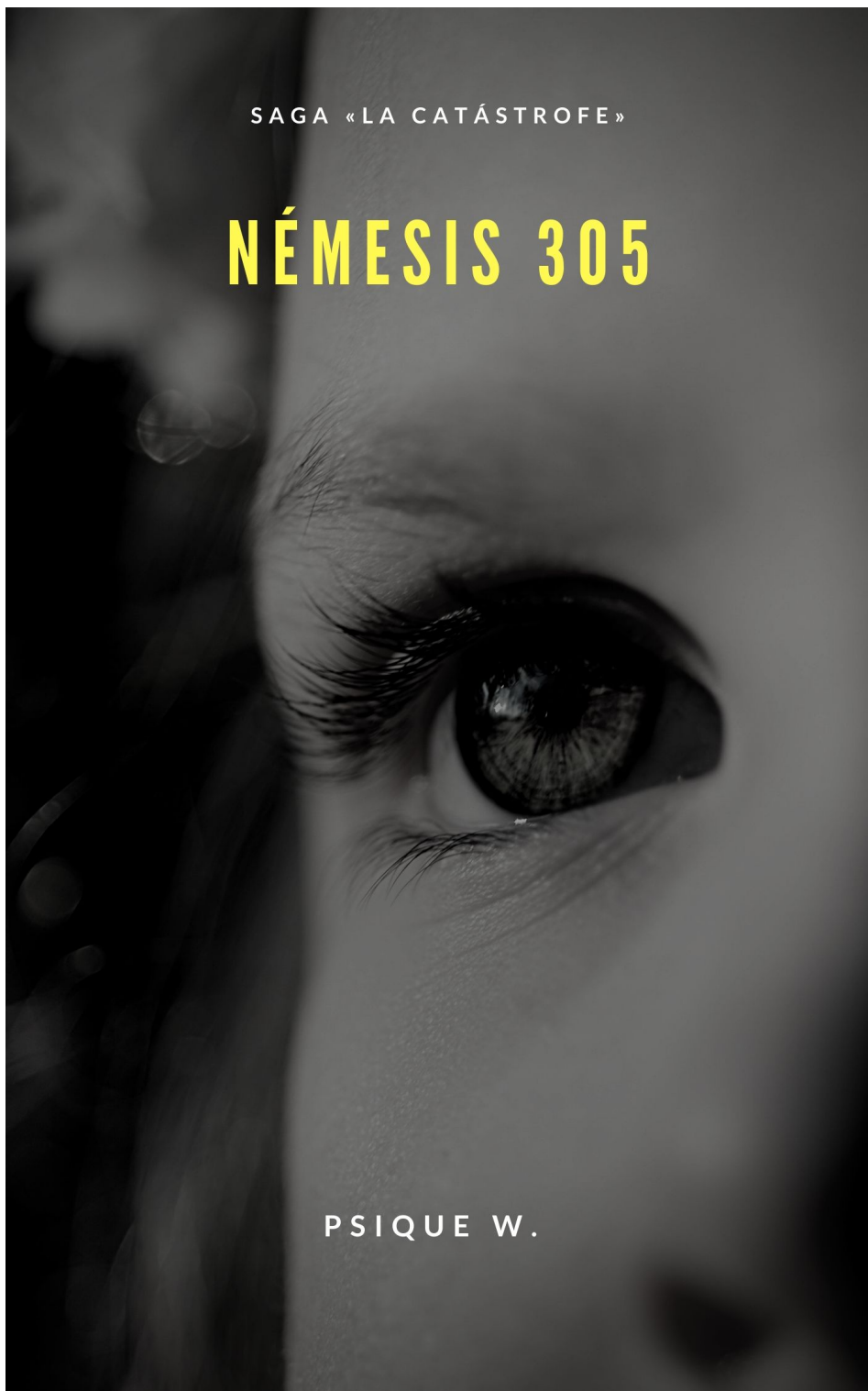
Némesis 305

Psique W.

SAGA «LA CATÁSTROFE»

NÉMESIS 305

PSIQUE W.



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

Una tarde más, como cualquier otra, anochece en la ciudad de Mystirión. La urbe, otrora gran metrópolis mundial, no es más que la sombra de lo que fue la civilización occidental. El siglo XXI está siendo una centuria de guerras, conflictos, pandemias y escasez. Y las cosas no parecen mejorar a pesar de estar ya en el año 2047.

Pero Nerea intenta vivir sin prestar demasiada atención a los problemas de la sociedad. Con su puesto de directora en el Museo de Ciencias Naturales, su doctorado en biología y su línea investigativa sobre la reproducción de los insectos extinguidos; Nerea Torre no tiene tiempo de preocuparse de nada más.

De hecho, las mujeres cada vez se preocupan menos de las cosas. Les están cerrando las puertas y los caminos que tanto les costó abrirse. Únicamente un puñado de afortunadas mantienen sus trabajos, sueldos y propiedades mientras sus derechos sociales, políticos y económicos se evaporan. Pero ella tiene suerte, es una de esas escasas afortunadas que aún puede trabajar en un puesto importante y de responsabilidad.

Antes de salir del Museo, Nerea se mira al espejo. Pelo lacio y negro, piel sonrosada y ojos oscuros. Después repasa su físico: atlético y alto. Todo correcto. Todo menos su expresión. No puede evitar estar triste. No desde hace siete meses.

—Deja de ponerte así —se dice a sí misma mientras se observa en el espejo del baño del Museo—. Sonríe sumisa y todo irá bien.

La mueca triste se torna en una mueca que no refleja seguridad en sí misma, sino complacencia hacia los demás. Una falsa sonrisa para no destacar entre la masa. No importa lo que Nerea piense de Nerea, importa lo que los demás piensan de Nerea. La sociedad se lo recuerda cada día desde que tiene memoria.

Como cada tarde al salir de trabajar, Nerea se pone su máscara y aparenta ser lo que no es: una mujer feliz y complaciente. Y mientras camina, repasa mentalmente los últimos años de su vida.

Hace lustros que la sociedad se quitó su vieja máscara demócrata y tolerante para mostrar su verdadera cara. Ya en los inicios del siglo las antiguas costumbres e ideologías que llenaron de sangre y terror el siglo XX volvieron a aflorar. Las nuevas teorías que venían a igualar a la humanidad las objetivizaron aún más; mientras que las ideas acientíficas estaban a la orden del día. A lo que inmediatamente se sumó el cambio

climático tan negado y despreciado por los poderosos.

Muchas mujeres, jóvenes y amplios sectores de aquella decadente civilización se manifiestan poniendo de relieve lo que ocurría. Nadie les prestó apenas atención. Las leves y simbólicas medidas tomadas por aquel sistema no sirvieron de nada.

Primero, en 2021, se produjo la guerra de religiones que enfrentó a Oriente y Occidente dejando el hemisferio norte prácticamente destruido. Más tarde, en 2027, el nivel del mar subió rápidamente llevándose consigo ciudades, islas, naciones y tierras de cultivo. Las migraciones fueron masivamente abrumadoras. Las políticas se volvieron aún más totalitarias y los totalitarismos se extremaron a niveles nunca antes vistos. Los recursos naturales y el agua faltaban cada vez más, lo que dio lugar a que la brecha norte-sur se acrecentara.

Después llegó la Tercera Guerra Mundial. Durante tres angustiosos años, de 2035 a 2038, el Norte y el Sur se enfrentaron por el dominio de los recursos naturales, en especial el agua. Aquel conflicto fue cruel. Finalmente, la victoria se decantó por el Norte dando comienzo a una dura represión sobre los sureños y sus tierras que dura hasta hoy.

Mientras tanto, las políticas y leyes contra las minorías sociales estaban a la orden del día. Desaparecieron las leyes contra la violencia de género, se endureció la ley de migración y extranjería, la comunidad LGTB perdió muchos de sus derechos y el trabajo solo estaba asegurado para unos pocos.

Cuando la guerra estalló, Nerea tenía veinticinco. Ella aún estudiaba en la universidad y Arturo, su padre, estaba recién salido de la cárcel. Fue entonces cuando ambos se reencontraron a pesar de la infancia tan dura que Nerea pasó por su culpa; porque Arturo nunca fue un progenitor ni un marido cariñoso y afable. Pero Nerea prefería no recordar aquellos malos tragos.

Arturo Torre hizo fama y fortuna durante la guerra. Hombre tremendamente cruel y despiadado, en su juventud frecuentó los círculos paramilitares de Mystirión. Cuando abandonó la cárcel por una condena por asesinato se enroló en el ejército norteño. Allí, durante la guerra, alcanzó el grado de general.

La situación de su padre en el nuevo orden ayudó a que Nerea consiguiera su puesto de directora en el Museo nada más terminar su doctorado. Aquel año de 2038 dio a su vida otro giro radical.

—Fue entonces cuando comenzó todo —se murmura entre dientes a sí

misma mientras camina en la oscuridad.

Las mujeres tienen vetado conducir si lo hacen solas. También está prohibido que vivan sin una presencia masculina en una casa. Como es poco recomendable que vayan solas por la calle. Si en cualquiera de estas circunstancias les ocurriera algo, la culpa sería suya. Es decir, siempre deben estar tuteladas por un varón, aunque en ocasiones se haga la vista gorda.

Nerea recuerda entonces como su cabeza volvió a estallarle por los aires. Las cosas que le habían pasado a lo largo de su vida por pertenecer a la alteridad. La primera vez tenía siete años, y fue la última vez que vio a su madre. Pero rápidamente borra de su mente el recuerdo de su madre. No es bueno para ella, la hace sufrir.

También se acuerda de la primera vez que sufrió las consecuencias de ir sola por la calle. Caminaba una noche de vuelta a casa cuando un desconocido la abordó. Era un hombre atractivo, recuerda, unos años mayor que ella. Durante los diez primeros segundos parecía cordial y simpático. No era más que un simple encontronazo, un tropiezo sin importancia.

Pero entonces aquel hombre la tiró al suelo, desgarró sus ropas y la desnudó de cintura para abajo y la violó. Lo hizo repetidas veces. Mientras, Nerea gritaba, lloraba, suplicaba y pedía auxilio. El sujeto no dejaba de sonreír y repetirle lo mucho que le excitaba la situación. Lo hizo todo a cara descubierta. Sin miedo.

Nerea perdió el conocimiento y despertó a las horas en el mismo lugar. La gente pasaba por su lado esquivándola sin inmutarse. Como pudo, se levantó y fue a la comisaría más cercana. Al llegar para denunciar le dijeron que no podían hacer nada en virtud de la ley Némesis 305.

La ley Némesis 305 fue promulgada durante la guerra, en 2035. De hecho, fue la primera de todas. Antes de organizar y planificar el nuevo sistema, antes de reconstruir los edificios perdidos, antes de socorrer a los huérfanos y antes de dar de comer a la humanidad nació esta ley.

La Némesis 305 surgió de la idea de legalizar la violencia. En un planeta cada vez más inhumano e insensible, apunto siempre del desastre, la violencia y la brutalidad floreció de las cloacas sociales y se extendió hasta normalizarse más aún de lo que ya lo estaba.

En definitiva, lo que regula la Némesis 305 es el uso de la agresividad humana. Según esta, cualquier persona, sin importar el sexo, tiene derecho a llevar a cabo un acto delictivo durante su vida sin sufrir consecuencia alguna por ello. Es decir, el sistema te regala tu primer

robo, violación, asesinato o agresión. Todo vale.

Nerea nunca ha hecho uso de este particular derecho, aunque está a favor de ella y considera que debe modificarse. Aun así, camina con miedo por la calle cuando sale del trabajo cada noche. Y es que en virtud del derecho que otorga la Némesis 305 a ella la han atacado varias veces.

—Disculpe, señorita, ¿puede indicarme donde está la estación de tren?

Un extraño, un hombre fornido y elegante con ojos negros y pelo canoso detiene a Nerea agarrándola del brazo. Se acerca mucho a ella, demasiado.

—Está al sur —el hilo de voz de Nerea tiembla en su garganta. Tiene miedo y los recuerdos la inundan—. Tome la calle Central y en la cuarta bocacalle gire a la izquierda.

—Muchas gracias, señorita —el desconocido la sujeta ahora por los dos brazos y la acerca a su cuerpo. Sus caras se rozan—. ¿Va sola a estas horas? ¿Adónde? Puedo acompañarla si quiere.

La actitud del desconocido altera los nervios de Nerea, muchas de las agresiones sufridas comenzaron así, pero intenta tranquilizarse.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha comido la lengua el gato? —bromea jocoso el desconocido ante el silencio de Nerea.

—Mi novio y mis amigos me esperan —está a punto de llorar.

—¡Oh, vaya! Entonces no les hagamos esperar.

Cuando Nerea cree que todo ha acabado y que el desconocido la soltará al fin, este acerca su boca a la suya y la besa lascivamente paseando e introduciendo su áspera lengua en la garganta de Nerea.

—En realidad solo quería besarte —confiesa el desconocido con total soltura e impunidad—, aunque me hubiera gustado follarte en mi casa. Vivo cerca, ¿sabes? Pero tienes novio y eso lo respeto.

Y diciendo esto, el desconocido suelta a Nerea marchándose tranquilamente.

Nerea se queda sola, temblando de pánico. Su destino está a cien metros, pero ella no puede moverse. Solo puede recordar todas las veces que un desconocido la ha abordado por la calle y se ha despertado en el suelo horas más tarde. Las veces que ha tenido que ir a comisaría y escuchar: «En virtud del artículo 1 de la ley Némesis 305 ese ciudadano al que

denuncia estaba en su derecho de delinquir y por tanto no podemos hacer nada».

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

Y allí fue, en comisaría, donde conoció a Fabián, su novio. Quien la espera en la puerta del pub La Trinchera:

—¿Se puede saber dónde cojones estabas? —Fabián Morera es un tipo musculoso y rubicundo, muy atractivo; pero con una actitud muy prepotente y una mente inteligente y audaz— ¿Por qué has tardado tanto?

—He salido un poco tarde del trabajo —se excusa Nerea algo temerosa. Cuando Fabián se pone así le da miedo a pesar de todo el amor que le profesa—. Tenía que terminar...

—No me cuentes historias y entra ahí —le ordena empujándola del brazo.

Ambos se conocieron hace un año cuando Nerea fue a denunciar a dos tipos que le habían robado y agredido por la calle. Allí estaba Fabián, con sus ojos grises altivos y pómulos marcados, declarando por asesinar a un rival en su carrera por ser representante del gobierno en la ciudad. Otro político conservador, como él, que acabó degollado en su despacho. Pero como era el primer delito, o eso decía Fabián a la policía, que había cometido salió libre en virtud de la Némesis 305.

Al verlo defenderse con tanta soltura y prendarse de su apariencia física, Nerea se enamoró instantáneamente de él. Y a pesar de lo mal que la trata algunas veces daría su vida por Fabián. «Es cierto que gruñe y se enfada, pero es cuatro años mayor que yo y sabe lo que hace y dice. Al menos no me pega», piensa Nerea mientras toma asiento en el pub con sus amigos y toma parte de la conversación.

—La ley es perfecta tal y como está —defiende Paul, un juez de instrucción con gafas de pasta y la cabeza afeitada. A su lado está su novia Cintia.

El grupo, cuatro hombres y tres mujeres, discute sobre la Némesis 305.

—Paul, recapacita. La legislación se está quedando obsoleta, hay que cambiar el número de delitos a dos. Incluso tres si son asesinatos —defiende Fermín, deportista de élite de veintitrés años.

—Pues yo creo que debería abolirse —la voz segura de Virginia, directora de un colegio infantil de rostro ovalado y pelo rubio, interrumpe al resto—.

Es una ley horrible que fomenta la delincuencia y el odio.

—Ya habló la idealista —comenta con sarcasmo Paul mientras su novia le ríe la gracia.

—Antes de las guerras el mundo era un lugar más seguro —insiste Virginia refiriéndose al periodo anterior a 2021. Ella es bastante crítica con el nuevo régimen y su forma de dirigir la sociedad; además de una ferviente activista en contra de la Némesis 305 y a favor de los derechos de las mujeres.

—Claro que sí, Virginia. Insinúas que estamos mal —Alex, empresario hostelero de apariencia amigable, interpela a Virginia mientras se levanta para ir a la barra.

Virginia quiere responder pero Fermín se lo impide abruptamente:

—Virginia, cállate o acabarás como tu amado Jason.

Los ojos de Virginia se abren de par en par con una mezcla de odio, miedo y rabia. Hace meses que Jason, su pareja y activista como ella, desapareció misteriosamente y no se sabe nada de su paradero.

—¡No! Déjalas que digan lo que quieran —regresa Alex de la barra—. Que se expresen. A ver, Cintia, ¿qué piensas de la Némesis 305?

—Yo no opino de esas cosas —su voz es suave y bobalicona, como la expresión de su rostro—. Y en todo caso, pienso como Paul.

—¿Y tú, Nerea?

Todos la miran, la observan y estudian fijamente. Ella traga saliva.

—Creo que debería modificarse —su voz es muy débil cuando al fin se decide a hablar. Se siente cohibida por la situación—. La edad a la que se puede ser agredida debería ser más alta.

—Esa parte de la ley está muy bien tal y como está —interviene Fabián con brusquedad.

—¿Por qué? —le mira como una niña ignorante y con cierto tono de protesta involuntario.

—Porque lo digo yo.

La tajante y pobre argumentación de Fabián hace que Nerea agache la

cabeza y guarde silencio avergonzada.

La noche, entre conversaciones masculinas y escasas intervenciones femeninas, se alarga demasiado. Son más de las dos de la madrugada cuando Nerea introduce la llave en la cerradura de su piso.

—¡Se puede saber dónde cojones estabas!

Su padre, Arturo, resguardado por la oscuridad, la espera y la agarra con fuerza del pelo; sujetándola de la muñeca para que no pueda escabullirse a su dormitorio. El rostro y el físico de Arturo son imponentes a pesar de que las canas, la calvicie y las arrugas hacen acto de presencia en él.

Las mujeres no pueden vivir solas. De hecho, legalmente, son menores de edad. Siempre deben estar bajo la sombra de un varón. Se han ido recuperando legislaciones pasadas en las cuales se las sometía a la tutela del padre, marido o hermano independientemente de la edad que tuvieran. Sus testimonios u opiniones no son tenidas en cuenta en ningún contexto. Además, no pueden heredar, tener propiedades, ser independientes, tomar parte en la vida social o política e incluso trabajar. Algunas, las más afortunadas, pueden trabajar legalmente como lo hace Nerea. Pero hay otras que deben hacerlo a espaldas de la ley si quieren sobrevivir.

—Estaba con Fabián y los demás. ¡No estaba sola!

Nerea rompe a llorar, en este momento la agresividad su padre le produce mucho miedo.

—¡Mentirosa! Debería hacer contigo lo mismo que hice con tu madre —a empujones Arturo lleva a su hija hasta su dormitorio y la encierra con llave—. Voy a llamar a tu novio, tú quédate ahí sin rechistar.

Nerea se sienta en el filo de la desangelada cama, a oscuras y con el escaso resplandor que da el reloj digital de la mesita. Se escurre, dejándose caer de la cama al suelo, apoyando finalmente la espalda en el lateral del colchón.

Entre tanto, llora. Lloro sin parar, intentando no hacer demasiado ruido para que nadie la oiga. Procurando no molestar a su padre.

Una riada de recuerdo la apabulla, trayéndole imágenes de su niñez. Su madre, su padre, las discusiones, los gritos, los guantazos, los puñetazos, las patadas, las lágrimas, los martillazos, la sangre y un cuerpo inerte en el suelo de la cocina.

—¡Cállate y deja de llorar! Fabián dice que es verdad —golpea su padre con saña la puerta—. ¡Duérmete de una puñetera vez!

Capítulo 3

CAPÍTULO 3

Apenas ha podido descansar esta noche. El miedo a su padre la atenazó tanto que escasamente se movió del borde de la cama para recostarse en el suelo. Pero en cuanto cerraba los ojos Nerea volvía a sentirse golpeada e infeliz.

Incluso antes de que sonara el despertador, ya se había vestido y aseado; lista para salir, desayunar por el camino e ir a trabajar. Durante el trayecto procuraba no cruzarse con hombres, y si lo hacía intentaba no mirarlos a los ojos para no provocarlos.

Ya en el trabajo fingía normalidad; ni había pasado la noche en vela ni había llorado. A veces se descubría a sí misma con las manos temblorosas o sollozando y rápidamente recupera de nuevo la compostura.

Intentó tener un comportamiento normal, nadie podía saber lo que le ocurría. El único momento en el que disfrutó de una leve tranquilidad fue al salir del Museo y dirigirse a la consulta de su psicóloga.

—¿Y te quedaste toda la noche en el suelo, llorando?

—Prácticamente... Sí, más o menos.

Laila, la psicóloga de Nerea, es otra de las afortunadas que aún pueden ejercer una profesión. Pero a diferencia de Nerea es una mujer fuerte y segura de sí misma.

Pero Laia no puede evitar mirarla con pena y compasión. Hace tiempo que se dio cuenta de lo horrible y mal que Nerea lo había pasado en su vida y lo estaba pasando ahora. Hacía meses que la derivaron a su consulta para que la tratara por una breve crisis de ansiedad.

Se suponía que solo serían dos sesiones, pero ya llevan casi una veintena.

Y Laila sabe que se salta la ley y el código ético al seguir tratándola, al considerarla una amiga y excederse en sus funciones, y a escucharla como si fuera una hermana pequeña. Ya no toma notas, ya no la evalúa; simplemente la consuela y le aconseja.

—Nerea, esto no puede seguir así —la aludida abre los ojos como si fueran platos—. Viniste aquí por un cuadro de ansiedad, pero es que tú sufres también un trastorno por estrés postraumático y trastorno límite de la

personalidad.

Nerea la observa sin entender nada de lo que le está diciendo. Pero Laia no desiste en su empeño de hacerle entender que sus pesadillas recurrentes, su miedo al abandono, el evitar tratar de hablar de sus problemas y traumas, la manera negativa en que se auto percibe, los pensamientos autodestructivos, su pesimismo, la paranoia, el estrés, la tendencia al aislamiento, la culpa, la vergüenza y el vacío interior que siente tienen un origen y una razón.

—Cuando eras una niña presenciaste un acto que te marcó de por vida... —se detiene y escruta el rostro de Nerea, que sigue sin comprender—. Tú me lo contaste la primera vez que viniste aquí, como también me dijiste que tu madre y tú sufristeis malos tratos.

—No recuerdo contarte nada de eso, ni tampoco haberlo sufrido —miente Nerea con la voz rota. Claro que lo recuerda, lo recuerda todo, pero le duele muchísimo reconocerlo.

—Tu mente lo ha bloqueado, como hace con otras tantas cosas. Como las violaciones que has sufrido. Los orígenes de tus trastornos tienen un nombre, Nerea.

Laia apoya su mano en la rodilla de Nerea y ella mira a la psicóloga con lágrimas en los ojos.

—Y aún vives con miedo, con terror...

—No puedo decirlo, no puedo... —comienza a negar Nerea con la cabeza.

—Nerea, tu padre os maltrataba a tu madre y a ti, y la mató delante de ti cuando eras niña —es la voz de Laia la que se quiebra ahora a pesar de que intenta transmitir serenidad.

—Es cierto, todo eso es cierto —Nerea rompe a llorar de golpe ante la insistencia de su psicóloga y la evidencia de los hechos. Y aun así intenta no hacer ruido al sollozar—. Mi padre es malo, es un hombre malo. Un ser horrible y yo... Yo no puedo enfrentarme a él. No soy nada, no valgo para nada. No tengo fuerzas. Me han pasado tantas cosas, he recibido tantos golpes...

—No, Nerea, no hables así. Tú eres fuerte, más fuerte de lo que crees. Hay muchas mujeres como tú y nos ayudamos las unas a las otras —en una pequeña hoja de papel garabatea algo, lo arruga y se lo da a Nerea discretamente—. Ellas te ayudaran y guiaran en tu catarsis, Nerea. Son mujeres libres, como los pájaros.

—¿Cómo las golondrinas?

En la voz de Nerea se percibe un leve halo de esperanza.

—Como las golondrinas —afirma Laia con una cálida sonrisa.

Algo más aliviada, pero todavía dándole vueltas a la cabeza, Nerea abandona la consulta y sale a la calle. No encuentra a nadie, se supone que Fabián la recogería. Al principio no sabe qué hacer, no debería estar sola, no es recomendable. La mayoría de las veces que va sola por la calle le ha pasado algo malo.

Entonces se mete la mano en el bolsillo y toca el papel arrugado que le ha dado Laila. Y como si de un impulso eléctrico se tratara comienza a andar. Y repasa su vida, sus vivencias.

Tras horas caminando sin rumbo llega al límite de la ciudad. Sola, mira al horizonte, un horizonte gris, apocalíptico y destruido. Entonces saca el papel del bolsillo. Contiene unas coordenadas y una palabra: viceversa. Mientras que en el reverso se lee con dificultad: «...no son nuestras...debemos cambiarlo...la lucha...salida...si nuestras armas no sirven lo haremos con las suyas».

—«Si nuestras armas no sirven lo haremos con las suyas» —murmura para sí Nerea.

Y de pronto, como por arte de magia, el rostro de Nerea se ilumina con una luz de sombría felicidad.

Ha tomado una decisión.

Capítulo 4

CAPÍTULO 4

Una niña, no era más que una niña cuando su madre murió a manos de su padre. El arma fue un martillo de bola que Arturo guardaba siempre en su caja de herramientas. Los gritos de aquel día a cuenta de la comida, platos volando por la cocina, sillas derribadas, más gritos, muchos golpes, malas palabras, llantos, miedo y la sangre de la madre de Nerea goteando por el martillo y esparciéndose en el suelo. Mientras, ella, Nerea, permanecía escondida debajo de la mesa, como hacía siempre que un episodio así sucedía, esperando a que su madre se levantara de nuevo y todo terminara. Pero su madre no volvió a ponerse de pie nunca más.

Ahora, Nerea tiene una idea en su mente, una idea muy clara. La repasa mientras sube las escaleras del bloque de pisos donde vive. Como repasa cada negro acontecimiento que ha marcado su vida. El miedo se ha transformado en rabia y la rabia en fuerza.

Con el rostro desencajado, Nerea regresa a casa. Al abrir la puerta del piso se lo encuentra vacío, como su alma ha estado toda su vida. Comienza entonces a buscar a su padre pero este no está, seguramente la estará buscando por toda la ciudad.

—He de prepararme —se dice a sí misma mientras se mira tétricamente en un espejo del pasillo. Sabe que su padre volverá pronto de su búsqueda.

Sabe que su padre regresará en cualquier momento al piso y muy probablemente no lo hará solo, ya que puede aparecer con Fabián o con agentes del orden. Debe, por ello, defenderse de cualquier ataque. Aun sabiendo que con toda certeza no saldría con vida de aquel lugar. «He de llevarme a cuantos pueda por delante», pensaba mientras lo revuelve todo en busca de un martillo. Aquel martillo de bola que segó la vida de su madre.

Ya todo le da igual; las apariencias, el miedo, la ley... Está rota, quebrada en mil pedazos. Nada ni nadie podrían hacerle daño.

—¿Se puede saber qué cojones pasa aquí?

La voz de su padre retumba entre las paredes del piso al verlo todo desordenado. Nerea, que acaba de encontrar el martillo, sonríe mientras lo acaricia y sale a su encuentro.

—¿De dónde cojones sales tú? ¡Suelta ese martillo y recoge todo este

estropicio!

Pero ella no se inmuta y lo mira con seguridad desde el fondo del pasillo: «Ha venido solo. Está todo controlado».

—Voy a llamar a Fabián para que te meta en cintura —amenaza el padre a la hija—. Te hemos estado buscando, ¿sabes? ¡Y suelta ya ese puñetero martillo, gilipollas!

Nerea, ignorando las atronadoras voces de su padre, se acerca a él con decisión mientras este le da la espalda para hablar con Fabián. Justo cuando Arturo cuelga se da la vuelta se topa con la expresión de venganza del rostro de su hija.

Nerea alza el martillo para partírla la cabeza a su padre, pero este reacciona a tiempo para esquivarla recibiendo un pequeño rasguño en la frente que al instante comienza a sangrar.

—Toda mi vida —comienza Nerea ante un espantado y sorprendido padre— te he soportado. Maltratabas a mamá, tú la mataste delante de mis ojos y no te ocurrió nada. Me maltratabas a mí y no te ha pasado nada. Me habéis pegado, denigrado y violado y nunca os ha pasado nada. Pero todo eso se acabó.

—¿De qué cojones estás hablando, mamarracha?

—De que se ha terminado todo. Hoy me vengaré. Hoy ejerceré mi derecho de Némesis.

Los ojos del padre pasan a reflejar pavor. El martillo vuelve a alzarse y esta vez Nerea no falla.

La sangre, las vísceras, los fluidos, la piel... Todo vuela mientras los gritos del padre se apagan y los gruñidos de la hija se hacen cada vez más placenteros.

Pasan segundos, minutos o puede que horas; y Nerea sigue martilleando el cráneo de su padre extasiada y liberada:

—¿Qué has hecho?

La voz aterrada de Fabián la saca de su ensangrentado estado de ensoñación.

—Es mi derecho. La ley me permite matar a una persona sin sufrir consecuencia alguna por ello y eso es lo que he hecho yo.

Ambos miran la escena. Fabián desconcertado desde el umbral de la puerta, Nerea satisfecha con lo que ha hecho.

Ensangrentada, Nerea se pone de pie, sonrío. Está feliz y se siente radiante.

—¿Por qué, Nerea?

—¿De verdad me lo estás preguntando, Fabián? —y entonces le relata todo lo que ha sufrido. Los malos tratos de la infancia, la muerte de su madre, las violaciones y abusos de la juventud y la adultez y el miedo constante al daño físico y mental que la han atenazado durante toda su existencia.

Un desangelado silencio los envuelve. Se miran a los ojos como si no se reconocieran el uno al otro.

—Ahora me voy. Me marcho de aquí para siempre. No me preguntes a donde voy ni me persigas porque no dudaré en matarte —amenaza Nerea señalando a Fabián con el martillo chorreante de sangre.

—Entonces sí infringirás la ley e iras a la cárcel, Nerea —le advierte.

—La ley ya me da igual. Todo vuestro entramado político-social me importa un bledo. He vivido un infierno, nada es peor que eso, ni siquiera la cárcel.

Nerea intenta salir, pero Fabián se interpone en su camino cerrándole el paso al colocarse de una zancada entre la puerta del piso y ella.

—Si sientes un mínimo de aprecio por tu vida no te interpongas. Yo no voy a dudar en aplastarte la cabeza.

Fabián, tras observar el martillo chorreando sangre, su alrededor y finalmente a Nerea, se lo piensa dos veces y se hace a un lado: «No la quiero tanto como para morir y perder la cabeza».

Ahora, con el camino libre, Nerea abandona su casa con paso firme y decidido. Introduce la mano en el bolsillo y nota el tacto del papel que le dio Laila. Sonríe. No sabe qué será de su vida a partir de este momento lo que sí sabe es que nunca más le harán daño. Y, mientras, se interna en la oscuridad de la noche, sola, con la certeza de haber roto las cadenas que la ataban.